

El funeral

M. R.A.

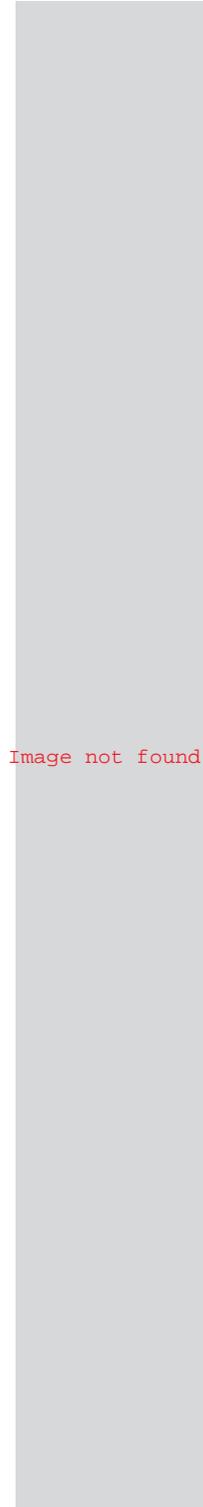


Image not found.

Capítulo 1

El funeral

En sepulcral silencio y disfrazada, me senté en el lugar más caliente y cómodo que encontré. Pasarían horas, infinitas, antes de que terminará de poner en práctica mi siempre (in)oportuno manual de etiqueta. Desfilaban frente a mí un luto de personas frías y mojadas. Se respiraba un aire misterioso. Podía escuchar el crujir de la vieja banca, de madera fina, esforzarse una vez más para respaldar a aquellas espaldas tensas y arropadas, que se acurrucaban en busca de un firme, fácil e inútil respaldo. Mi goma de mascar suave me exigía a gritos una bomba.

Siguiendo el ritual, caminé y me formé en la tediosa fila como si fuera a recoger comida. Esperé mi turno deslizando un pie tras otro, a paso de preso condenado de por vida. Sentí que no conocía el hambre. Deseo no conocer el sueño, pero a veces se conoce aún antes de conocer lo que se siente el dormir, ¿será que pasa igual con el dolor?, ¿será que el dolor se conoce desde antes de sentirlo? No lo creo.

No se conoce el dolor hasta que se siente en uno mismo, no se disfruta tanto del placer hasta que se conoce del dolor; pero aquí, la empatía y el dolor eran algo rentado, fingido, pagado. Las caras crispadas de cien "íntimas" personas lloraban en sincronía lágrimas transparentes de distintos olores y distintos sabores: a veces amargos, a veces empalagosos, a veces soñadores.

Finalmente, llegué al señor llamado "Don Abuelo De Mi Amiga"; olía a mar, su cara agrietada era una traducción de su edad, de la serenidad y de la futura soledad que conlleva la muerte a todos los idiomas. Yo nunca había muerto. Sus ojos viejos brillaban sin bríos y pronuncié palabras de pésame que rimaron con soltura en mi boca. Genial. A pesar de jamás haber vivido una muerte, de jamás haber sentido el dolor de una ausencia, lo hice, ¿mentí?

¡Qué va! Fui cordial, saludé, llegué, esperé, esperé más, lo vi. Nunca fingí. Cabe decir que, de hecho, no me gusta la muerte ni la íntima ni la cercana ni la lejana. Creo que, en efecto, es lo último que haré. A la muerte muchos la consideran como un obstáculo, pero para otros, bien podría ser un precio, un precio para pasar al siguiente nivel, al siguiente día, mes, año, década.

Con los pensamientos bombardeándome la cabeza, regresé a la banca cálida, casi imparcial y ahora media incómoda. Desde ahí escudriñé los rostros lánguidos, disminuidos, extenuados y fatigados de los antes

excelentes actores, que después de largas horas de trágica representación, levantaban sus fastuosos abrigos de piel en espera de cobrar dentro de los próximos meses, incluso algunos dentro de las próximos días, por su, sin duda, magistral servicio.

Eso era todo, no había sentido. De todos los rituales que podían realizarse para enfrentar una pérdida, como gran sociedad, habíamos elegido uno en el que bastaba llegar de luto, saludar a los conocidos -aún vivos- y lamentar la pérdida. Mi chicle ya no daba para bombas, estaba viejo e insípido como pronto estarían los recuerdos de Don Abuelo De Mi Amiga.

Me paré de la banca y me marché asqueada de tan gentil y grotesca representación. Nunca mentí. Nunca mentí. No pude mentir sobre lo que no conocía. ¿Ellos, sí?